



## LA EDUCACIÓN DE LOS JUNCOS

Para aprender a no caer, hay que caerse primero. Probar los límites y asomarnos a las alturas riesgosas. Si no, nunca entenderé la vehemencia de tal prohibición. En esta antítesis se albergan muchas claves de la paradoja del crecimiento.

La rigidez, tanto cognitiva como de mirada, es algo que tratamos de cincelar en la escuela. Desde lo que llamamos *intolerancia a la frustración* (aunque a veces es una mera expresión de un desbordamiento que queda invisibilizado entre teorías pedagógicas rígidas) hasta la dificultad más extrema para asumir los cambios, la imprevisibilidad; la vida.

Vivimos momentos que demandan una alta cualificación en el ítem de la flexibilidad. Es una oportunidad para mirarnos, con honestidad, y ver nuestros patrones. De ahí, en una línea de puntos, podemos hilvanar los hilos que van desde nuestras capacidades de adaptación hasta la exigencia de readaptación constante que esperamos de nuestro alumnado.

Cuando la materia no tiene la propiedad de la flexibilidad, se parte. Cuando el movimiento que acontece es demasiado rápido y cambiante, nos rompemos. Pequeños y grandes estamos en rotunda exposición a lo insospechado. Ahora de forma más tangible. Es el continuum de la vida haciéndose corpóreo.

Aprovechemos la obstinación de la realidad para cuidar la potencialidad de doblarnos sin quebrarnos. Albergamos una capacidad de flexibilizar nuestra relación con el mundo, saquémosla sin pudor. Esto nos ayudará a comprender que la diversidad que confluye en la escuela abarca también aspectos que, como personas adultas, nos resultan complejos.

Quizá los juncos contengan un secreto. Tal vez, un día, podamos ser tallos que antaño corrieron el riesgo de astillarse y aprendieron a combarse, para poder seguir siendo quienes fueron llamados a ser.

**Mar Celadas**